

- ☉ Alquimia Emocional
vs Bioquímica Espiritual
Armando Quezada Saldaña
- ☉ El preludeo del desarrollo humano en las personas
con discapacidad.
Sofía Gutiérrez Pérez



- ☉ La idea de muerte en la asesoría filosófica.
Alberto Asero
- ☉ Los afanes del ego.
Distorsiones que intentan evadir el vacío
Héctor Sevilla Godínez



Héctor Sevilla Godínez

Doctor en Filosofía por la UIA, Ciudad de México. Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, de la Asociación Filosófica de México, de la Sociedad Filosófica de España y del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT. Actualmente realiza un posdoctorado en Psicología Social en la Universidad Kennedy de Buenos Aires. Ha

publicado 14 libros en varias editoriales de México y España. Cuenta con más de 120 artículos publicados en revistas de veinte países. Sus líneas de investigación son el nihilismo, la filosofía de la religión y la mística.

Correo de contacto:
hectorsevilla@hotmail.com

Los afanes del ego

Distorsiones que intentan evadir el vacío

Héctor Sevilla Godínez

Resumen

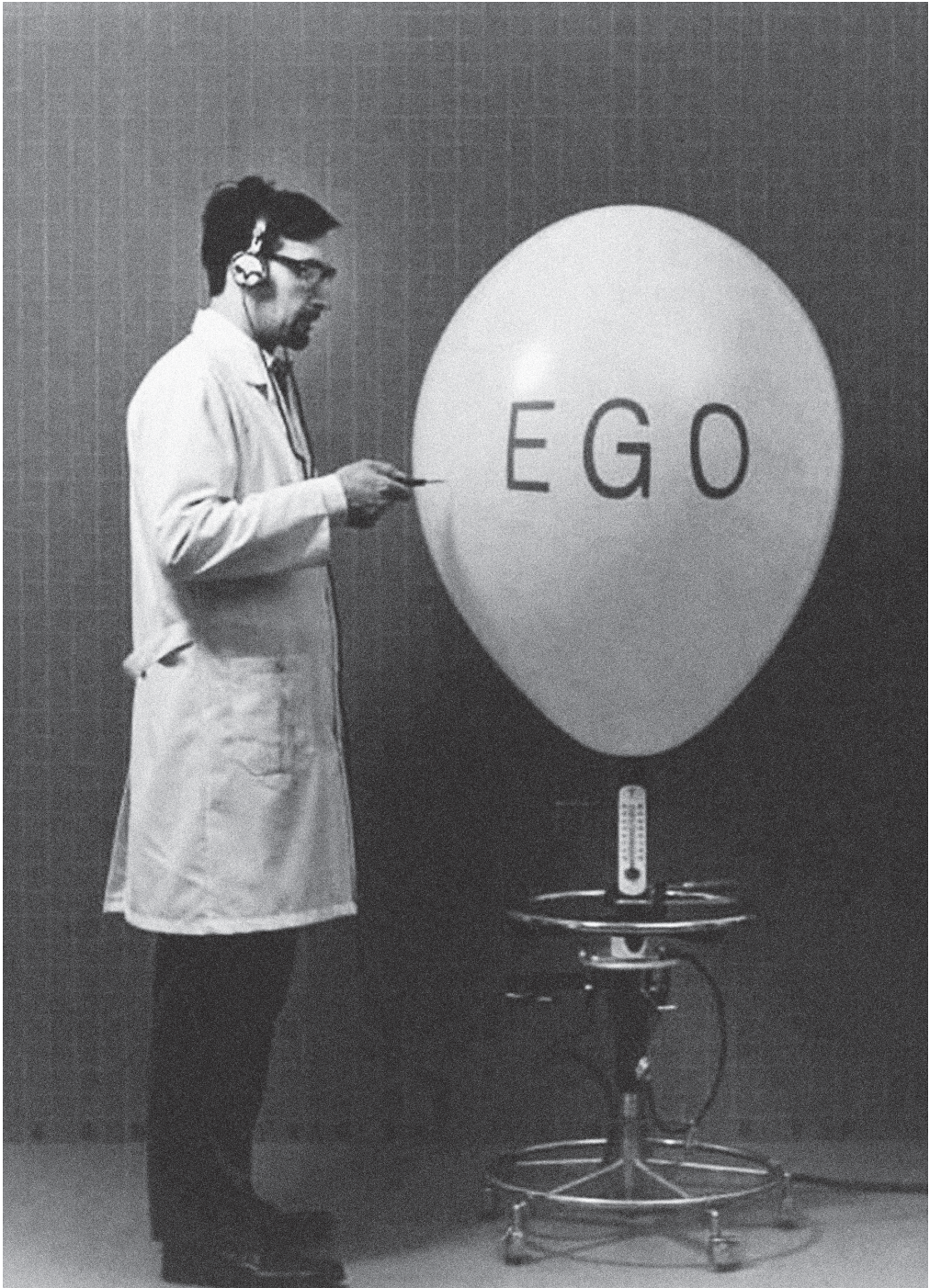
El presente artículo parte de la premisa de que no es el vacío lo que produce el desaliento en las personas, sino su actitud frente al vacío. En ese sentido, el texto tiene la intención de mostrar las actitudes que producen parálisis en el desarrollo personal. Concretamente, se explicarán las condiciones que provocan que la vivencia del vacío sea infecunda. Se hará notar que la forma en que se vive el vacío, y no el vacío mismo, es lo que lo convierte en riesgoso o problemático. Se asume, a la vez, que la vivencia de vacío no siempre trae consigo una oportunidad de crecimiento, aumento de conciencia o plenitud.

Palabras Clave: Vacío, Existencia, Evasión, Progreso, Ego.

Abstract

This article starts from the premise that it is not emptiness that produces discouragement in people, but their attitude towards emptiness. The text is intended to show the attitudes that produce paralysis in personal development. Specifically, the conditions that cause the experience of the vacuum to be infertile will be explained. It will be noted that the way in which the emptiness is lived, and not the emptiness itself, is what makes it risky or problematic. It is assumed, at the same time, that the experience of emptiness does not always bring with it an opportunity for growth, awareness or fullness.

Keywords: Emptiness, Existence, Evasion, Progress, Ego.



Introducción

Los obstáculos entorpecedores de la vivencia de un vacío útil proceden de una experiencia desarticulada del vacío. Es notorio que asociar el vacío con un castigo, o visualizarlo como una consecuencia merecida debido a una mala conducta o una inadecuada postura ante la vida, fortalece los obstáculos. Sumergidas en su experiencia desagradable, las personas no suelen ser capaces de darse cuenta que aquello a lo que se enfrentan podría ser lo que podría salvarlas.

Las siguientes líneas abordan las distintas distorsiones con las que se trata de evadir el vacío. Se inicia con una crítica a ciertas ideas del desarrollo humano que han conferido al hombre un sitio de protagonismo absoluto sobre la realidad. Las fantasías de la autorrealización, centradas en la ilusión de continuo progreso ascendente serán puestas en la mesa del debate. Se ofrecerá una revisión crítica sobre la actitud de centrarse en el otro, argumentando en contra del seguimiento ciego de tales prácticas o la aceptación sumisa de los paradigmas sobre la virtud que están en ellas sostenidos.

A diferencia de las compensaciones, derivadas de que el individuo ha captado su ausencia o vacío personal, y con distinción de los consuelos, en los que se busca cierta sugestión sobre el propio bienestar, las distorsiones evasivas son afirmaciones aparentemente virtuosas con las que se intenta eludir el vacío desde una posición invulnerable. A pesar del noble y reconocible esfuerzo por mantener las perspectivas



que buscan observar solo lo bello y brillante en el ser humano, la concepción parcial de lo que somos no garantiza la desaparición de los aspectos que se quieren esconder u ocultar.

Las distorsiones evasivas que se juzgan enseguida tienen como característica común el entretenimiento que suponen en el individuo, bajo la idea de que son la mejor tarea que se debe hacer. Aunque en la compensación también existe una respuesta activa que busca contrarrestar una carencia, en las distorsiones evasivas hay una alteración de enfoque, una parcialidad en la visión y un trastorno de perspec-



tiva. Una de las consecuencias es que el individuo trabaja o centra su atención en cuestiones que cree, cabalmente, lo llevarán a un buen puerto de estadía. Una inadecuada concepción de lo que significa la propia vida o un planteamiento sugestivo sobre lo que es lo mejor para sí son condiciones propicias para que un hombre o mujer ocupen su tiempo en caminos que los hacen escapar temporalmente del problema auténtico. Por ejemplo, un individuo puede centrar toda su atención en ser una mejor persona, pero evade considerar que su mejoría consiste en aceptar sus errores; o bien, podría ser que sus esfuerzos se dirijan a ser siempre optimista y entusiasta, bajo la creencia de que eso lo convertirá en un ser humano óptimo, dejando de lado la conciencia de que la duda, los estados sombríos y la angustia son parte de lo que nos vuelve humanos.

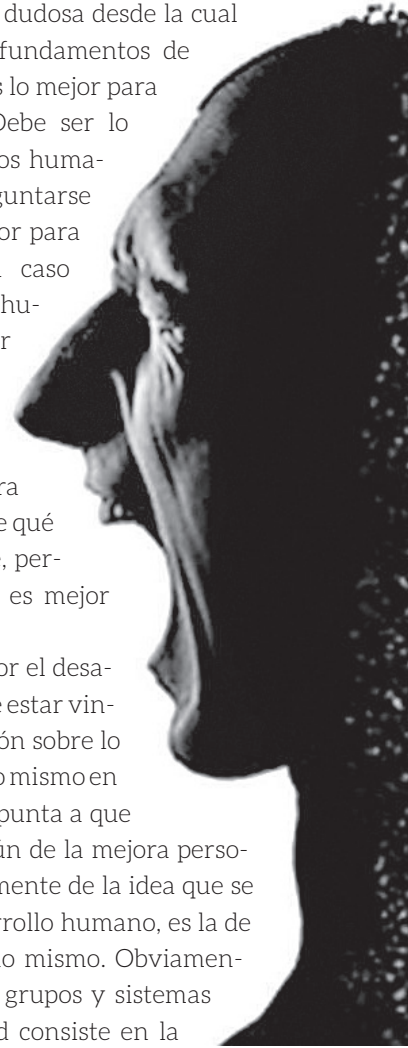
Enseguida serán mostradas algunas modalidades correspondientes al tipo de obstáculo que, distorsionando las ideas sobre lo que es mejor para el ser humano, sustrae la vivencia adecuada de las cotidianidades de la existencia o la experiencia útil del vacío.

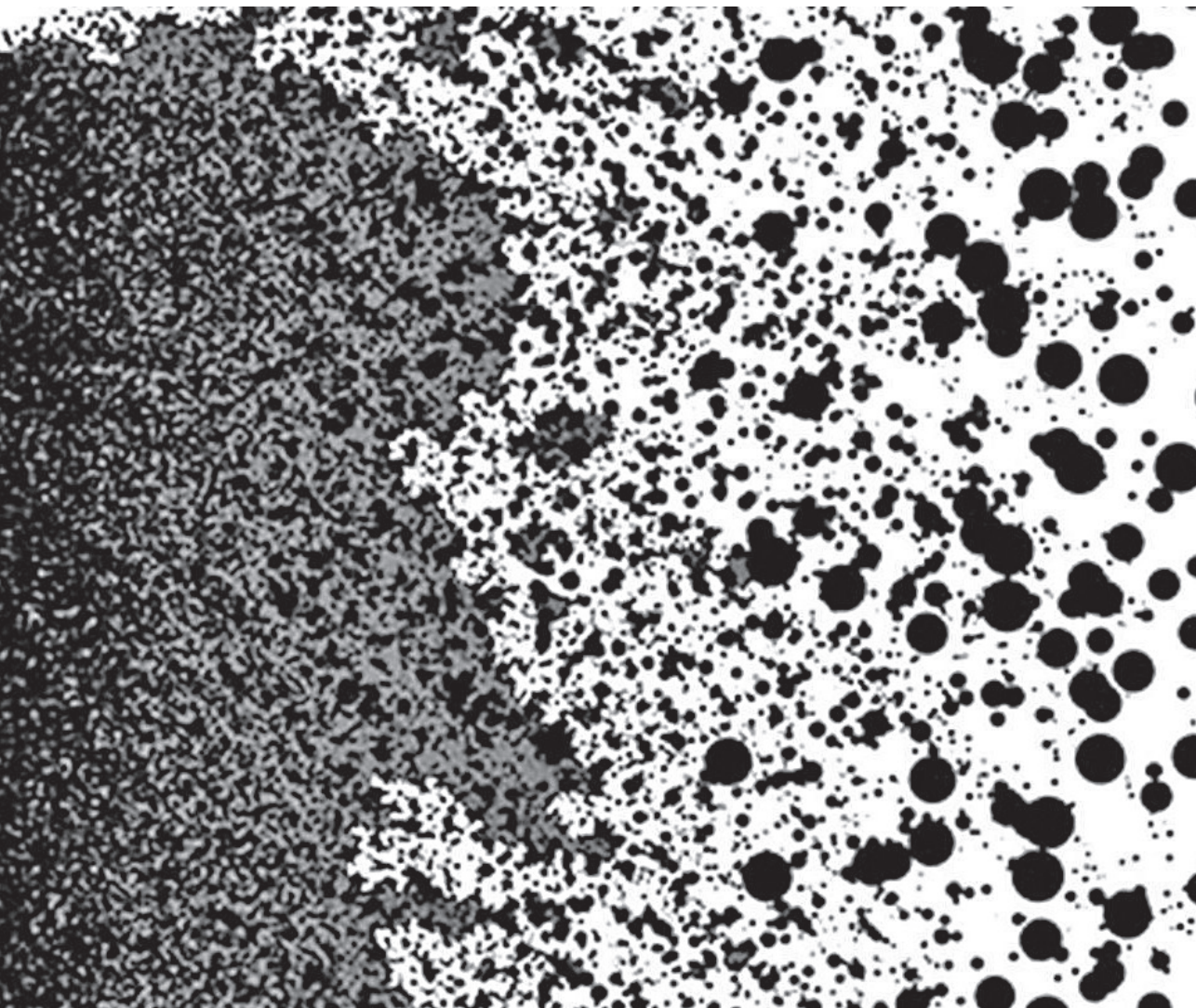
1. La miopía del desarrollo antropocéntrico

Cuando se utiliza el término “desarrollo humano” se enfatiza normalmente en la posibilidad que tiene un individuo para lograr una mejora cualificada en ciertos aspectos que considera importantes y significativos para su vida. Sin embargo, este frágil elemento de interpretación puede estar me-

diado por un entendimiento parcial de sí mismo o una lógica dudosa desde la cual se construyen los fundamentos de tal posición. ¿Qué es lo mejor para el ser humano? ¿Debe ser lo mismo para todos los humanos? ¿Debiera preguntarse sobre lo que es mejor para cada humano? En caso de ser así: ¿cada humano debería elegir su modalidad de desarrollo, bajo el riesgo de que elija lo que es dañino para otro? ¿En función de qué elementos se define, personalmente, lo que es mejor para uno mismo?

La pregunta por el desarrollo humano suele estar vinculada con la cuestión sobre lo que es ideal para uno mismo en lo particular. Esto apunta a que un aspecto en común de la mejora personal, independientemente de la idea que se tenga sobre el desarrollo humano, es la de poder elegir por uno mismo. Obviamente, también existen grupos y sistemas en los que la virtud consiste en la obediencia, más que en la elección. Sin embargo, los que defienden el desarrollo humano mencionan que aun en situaciones precarias puede decidirse si se obedecerá o no aquello que se ordena y que, incluso en tales circunstancias temerarias, la posibilidad de elegir se mantiene. El planteamiento es comprensible si se observa que mantiene la frívola





suposición de que una persona capaz de elegir puede también comandar su propio desarrollo humano y que eso, además, no se le puede sustraer. Concediendo eso, consideremos el caso siguiente: imaginemos a un individuo que ha disminuido su capacidad de raciocinio debido a un accidente cerebrovascular y que, aun en estas con-

diciones, logra elaborar ciertas relaciones de ideas, pero no puede distinguir entre lo que desea para su vida porque ha perdido sensibilidad hacia sí mismo y no sabe con claridad cuáles son sus habilidades y deseos más íntimos. En este caso, ¿podemos hablar de que sus elecciones supondrán su desarrollo humano? ¿Está en condicio-



nes de posicionarse como protagonista de su propio caminar? Una de las respuestas predecibles es que él, desde su condición, puede esbozar decisiones con la ayuda de otras personas. Resulta evidente que los grados o niveles de elaboración reflexiva pueden variar de acuerdo con las condiciones de vida de las personas.

Más aún, si el desarrollo humano se sustenta únicamente en la posibilidad de elegir, debe de considerarse que tal posibilidad puede estar mermada en función de las circunstancias de un individuo; de ello se deriva que algunos están más lejanos, propiamente, de la plenitud. ¿Tiene un mayor desarrollo humano quien es idóneo para elaborar estructuradas y sesudas reflexiones antes de elegir? Seguramente no, pues incluso puede limitarse a planear y

proyectar racionalmente lo que debe hacerse, pero sin ejecutarlo. Si el desarrollo humano no está sustentado en la posibilidad de elegir, tampoco debiera centrarse en el bienestar, pues la consideración de lo que es el bienestar es variable según las condiciones de vida y circunstancias que la rodean.

Por tanto, cuando el desarrollo humano es comprendido en función del individuo en particular, tan solo es un intento de justificación de lo que él mismo desea; en el fondo, no hay relevancia o necesidad de tal justificación. El antropocentrismo implícito en algunas de las concepciones más comunes sobre el desarrollo humano reducen al individuo (intentando agrandarlo) hasta el grado de considerarlo como protagonista único, soberano y decisivo de

lo que acontece. En esos casos, la intención de control está implícita, así como la pretensión de tal. Schopenhauer siempre dudo de que el criterio de lo que vale la pena estaba sometido al juicio individual, mucho menos cuando se trata de imponerlo a los demás. En sus palabras: “hay críticos que consideran que depende de ellos establecer lo que es bueno y malo, y confunden su trompeta de juguete con los clarines de la fama” (Schopenhauer, 2011, p. 64).

Centrarse en otra persona, tanto como centrarse en uno mismo, es sólo el primer paso que deviene en una consecuente percepción de vacuidad, la cual es el detonante de la consideración de otras cosmovisiones. Como seres ubicados en un mundo, del cual formamos parte, nos corresponde un sitio diminuto. La levedad de nuestra entidad no se contrapone a la grandeza de la aceptación de tal. El vacío útil o fecundo, cuando es vivido sin la evasión de considerarse protagonista o artífice del propio desarrollo humano (cuya esencia es desconocida), permite la elaboración de puentes y conexiones con una realidad mayor, en la cual estamos todos sostenidos, no sólo como sistema humano, sino como organización natural, cósmica

y universal.

2. La falacia de la autorrealización

Una de las intenciones más comunes en la concepción general del desarrollo humano, sobre todo en el ámbito de la psicología humanista, es el de la autorrealización. Sin embargo, cuando tal idea está asociada con metas como la autosustentación, autocomplacencia, autosuficiencia y autodependencia, la cuestión se vuelve contradictoria y claramente evasiva del vacío que es necesario para reformular la existencia. La pretensión de valerse por sí mismo se





sostiene en la creencia de que la persona es dadora, para sí, de todo lo que requiere. Esto es dudoso si consideramos que nada de lo que la persona pueda darse es realmente suyo o derivado de sí.

Las cualidades que poseemos han sido delineadas socialmente; las convicciones que forjamos se sustentan en otras que hemos recibido o escuchado de los demás; las creencias nos fueron inducidas, muchas veces sin nuestra conciencia del proceso; el lenguaje, con el que algunos expresan su supuesta independencia, ha sido recibido del entorno y es heredero de la historia que nos antecede; los bienes materiales, que muchos anteponen para mostrar su poder, han sido elaborados por otros que nos han vendido la importancia de sus patentes o marcas; la misma idea de desarrollo humano, desde la cual algunos se valen para legitimar su juicio, independencia y autenticidad, estuvo delineada por criterios derivados de vivencias ajenas.

Con todo esto, lo que se acentúa es que algunas concepciones del desarrollo humano terminan siendo una especie de marca registrada en las mentes novatas de los que no han logrado profundizar en sus propios vacíos, al menos no hasta el punto de poder encontrar los huecos conceptuales y hermenéuticos derivados de tales aseveraciones.

La autosustentación absoluta no es posible debido a que estamos abiertos al daño y beneficio que el involucramiento social propicia en nosotros. Siempre existe algún tipo de contingencia o la necesidad de algo que nos anteceda. Comemos productos que otros han elaborado o frutas

que han sido cortadas por manos distintas a las nuestras; asistimos a restaurantes para ingerir alimentos que otros han preparado y que previamente seleccionaron para formar parte de su menú. Aunque nos separemos de las personas que alguna vez hicieron algo por nosotros, sin importar que supongamos que la distancia nos vuelve ajenos o indiferentes, hemos sustentado varias de nuestras intenciones e ideales en correspondencia directa o indirecta con tales personas.

Asimismo, por más que proclamemos estar sustentados en nuestras propias ideas, derivadas en el mejor de los casos de nuestras dilucidaciones y profundizaciones intelectuales, éstas fueron propiciadas a partir de los pensamientos de los autores que hemos leído y que, a la vez, se han apoyado en otros que han escrito anteriormente; también somos influidos por los interlocutores que, incluso sin dejar palabra impresa, han sido copartícipes de las elaboraciones propias. Cuando nos regodeamos en excelsas obras de arte que logran representar nuestra propia independencia, estamos tomando el dulce néctar de la inspiración que otro forjó o permitió en sí mismo a pesar de los indecibles sufrimientos derivados de tal proceso. Sin ir más lejos en este punto, consideremos por un momento que la posibilidad de la total autonomía sea real y que todo lo que necesitamos lo podemos crear por nuestra cuenta, en tal caso: ¿persistiría la sensación de logro si no hay alguien con quien compartirlo o alguien más que lo note, aplauda o apruebe? ¿Valdría de algo recibir y obtener todo de uno mismo y cerrarse a la opción de sustentar-





se con productos derivados de la brillantez de otros?

Existe un placer en el apoyo, en la confianza hacia el talento ajeno, en el depósito de garantías y esperanzas prudentes en lo que otro u otros nos aportan. ¿Valdría la pena ser un artista si todo el arte surgiera sólo de nuestras manos? ¿Con quién se conversaría si somos totalmente autónomos y constituimos el único pilar que nos sostiene? Pensar que se puede ser autosustentable, entendiendo con esto que los sustentos que necesitamos proceden sólo de nosotros mismos, es evidencia de miopía e insensatez. La elocuencia disminuye si se centra en una sola voz, ¿con quién discutir si la discusión se invalida? ¿Con quién compartir si el beneficio de ello generaría un sustento depositado en algo fuera de nuestro ser? ¿Para qué crear sin la intención de que la creación sea sustento también para otro? ¿Acaso no es propio de lo humano desear cierto gregarismo? ¿Podría considerarse óptimo que un individuo se centre sólo en sí mismo en función de considerarse progresivo en su accionar? En nuestro anhelo de independencia tememos a la interdependencia porque la confundimos con la codependencia.

Inconsistencias similares podrían encontrarse en la postura de autocomplacencia. Considerar que el desarrollo de un mayor número de cualidades nos vuelve mejores personas es un desajuste en las prioridades y una pérdida de consideración hacia los detalles. Abundan los individuos con talentos para muchas áreas que han sido deficientes en ciertos aspectos de su propio crecimiento, por lo que su camino

personal termina configurado más por retrocesos y dolores que por complacencias o satisfacciones. Muchos más tuvieron vidas infantiles llenas de sustento y esplendor pero no han sido capaces de enfrentarse con lo que son, viven en constante disputa con el mundo para obtener mayores beneficios de él; ellos compiten, disminuyen a otros con actos o palabras y divagan cuando se les cuestiona sobre sus motivos más íntimos. Enfrentar el vacío, sin concederle actuar dentro de nosotros, es uno de los detonantes de la búsqueda de complacencias. La idea del desarrollo humano como creación individual es, sin duda alguna, una evasión compensatoria.

La autosuficiencia y autodependencia, erróneamente consideradas como virtudes deseables, son un par de ficciones que han sido publicitadas y aceptadas para fines de consumo. Las ideas de la superación personal y de la trascendencia centradas en las tenazas del ego han sido muy bien vendidas. La literatura que busca orientar al individuo por caminos estrictamente definidos por su voluntad y que pregonan el derecho de cada persona a ser lo que desea ser, sin centrarse en los elementos que condicionan tales deseos o que manipulan la voluntad, no son más que oportunismos mediáticos que resultan ser placebos elocuentes y temporales. El cambio profundo está relacionado con la vivencia de la vacuidad y con la construcción lograble a partir de la misma, hundiendo los cimientos en la esencia golpeada; a la vez, el cambio se obstaculiza con la aglomeración de consejos que, a pesar de ser ampliamente difundidos para las masas, se centran en la

importancia individual y en el camino recto y justo que se forma a partir de lo que se quiera y elija, sea lo que sea. Si se va por la vida tomando los consejos que otros han elaborado a partir de sus lecturas y frases plagiadas de los grandes clásicos no puede hablarse de autosuficiencia. Tendríamos que dudar de los recetarios existenciales que fueron establecidos con antelación en las fábricas de superhéroes y gurús.

Creer que concentrarse sólo en lo agradable de uno mismo ayudará al propio desarrollo, perdiendo de vista las áreas oscuras, tenebrosas y descuidadas, fortalece el apaciguamiento de la duda y posterga indefinidamente la confrontación. Cuando alguien se identifica únicamente con su *ser de luz* olvida que ésta sirve de poco si no se enciende en las tinieblas; además, los menos incautos podrán notar las oscuridades

desprendidas de tal actitud. La tendencia de querer controlar todo, y volverlo tal como una espera, debe ser apaciguada. En ese sentido, Csikszentmihalyi (2013, p. 13) considera que “las personas que saben controlar su experiencia interna son capaces de determinar la calidad de sus vidas, [y] eso es lo más cerca que podemos estar de ser felices”.

Abraham Lincoln solía decir que las personas sin vicios tienen muy pocas virtudes; esto no significa que cabe promover los defectos, sino que creerse sin defectos es un defecto mayor. Cuando se busca erradicar toda mancha de lo humano, deseando con desesperación una pureza total que advenga el desarrollo de la persona, se pierde de vista que este solo es posible si se inicia, como punto de partida, de un estado de vacuidad intencional; tal condición





no debe asociarse a la mancha misma de la que hay que limpiarse, sino que es (precisamente) la condición más auténtica y pura, la cual está desprovista, en su naturaleza, de la intención de desarrollo.

3. La quimera del protagonismo absoluto

Algunas personas se caracterizan por realizar incontables esfuerzos para lograr ser el centro de atención, mostrar lo mejor de sí mismas, tomar la rienda absoluta de su vida, avanzar hacia el desarrollo pleno de las virtudes o confiar sin tregua en sus capacidades sabiéndose elegidos por una especie de energía superior. Creyéndose dueñas de las circunstancias, o esforzándose en mostrarse a sí mismas que lo son, estas personas distorsionan la visión que tienen sobre sí y logran evadir, aparentemente, el vacío que les provoca saberse sin el control pormenorizado de su existencia.

No obstante, las creencias no son creadas a partir de la realidad, sino que son las creencias las que conforman nuestra realidad. Una de las creencias más favorecidas mediáticamente es que cada persona tiene o puede tener el control superlativo de su vida, incluyendo en esto sus emociones, sus proyectos y la realización de los mismos, así como sus pensamientos y su relación con el mundo en general. Son comunes las frases o comentarios relacionados con esta intención, las cuales se escuchan en las pláticas convencionales o se leen en las redes sociales y en algunos textos de autores que en ello encuentran el culto a su ego. Algunos muestran lo que creen que

son sus logros, otros afirman que han dado pasos adelante en el progreso de su propia vida y otros más, categóricamente, exigen para sí lo que consideran que el universo ha elegido para ellos. Incluso en los ámbitos académicos, en las interacciones personales cotidianas y en el discurso elaborado de amigos o familiares, suele encontrarse la esencia de una creencia distorsionada: “tengo el control de mi propia vida, tomo decisiones libres y el mundo gira en torno a mí”. Veamos una a una cada distorsión.

Primeramente, la idea sobre el control de la propia vida está sustentada en un precario intento de protagonismo que se intenta lograr ante un mundo y una existencia que una y otra vez escapa de toda predicción. Alentados por la consigna de que todo es una oportunidad de mejora y de que nuestras manos son las mejores para crear lo que deseemos sin restricción, muchos individuos distorsionan la percepción de sus capacidades y, peor aún, alteran los enfoques sobre lo que les corresponde o deben hacer con su vida durante el tiempo que tienen. Muchos se alaban creyéndose triunfadores y asumen valientemente la obligación de hacernos partícipes de sus supuestos logros, como si todos los demás estuviesen interesados en enterarse de lo que tal o cual ha conseguido o dijo conseguir. Desde una nueva pareja, un nuevo título académico, un nuevo músculo o un nuevo sueldo, las autoproclamaciones de soberanía se multiplican como racimos jugosos en fértiles árboles que llenan las praderas de la ignominia.

Diógenes de Sínope advirtió sobre lo desagradable que es la alabanza en boca



propia. Aquellos que toman para sí la misión de hacer saber al mundo que son capaces de enfrentarlo, confirman la sentencia del pensador de la escuela cínica. De manera contraria, uno es visto como cínico cuando pone en entredicho los logros ajenos, critica el optimismo desmesurado, cuestiona las “argumentaciones” a favor del protagonismo humano o pone en entredicho la labor de salvadores, gurúes, sabios o instructores de la vida que algunos utilizan como plataforma de sí mismos. En su libro *El nihilismo*, Volpi (2005, p. 76) alude que “el ejercicio de la razón es la virtud de una ascética mundana que reconoce y acepta el carácter de la creatura de este mundo, pero que renuncia a todo valor de trascendencia y considera la finitud como la única dimensión temporal en la cual se mide el éxito o el fracaso de la existencia”.

De tal manera, el afán de protagonismo es contradictorio desde el momento en que los criterios para definir el triunfo o la derrota personal no son más que supuestos.

Cuando se cree que se toman decisiones libres se cae en una distorsión cuya difusión ha sido cada vez más común. Un poco de sustento personal nunca había sido tan pusilánime como creerse portador de la balanza sobre lo correcto o incorrecto. Creer que el control de la vida está en nuestras manos, no obstante el talante supremo que confiere a quien lo cree, es una sugestión meramente infantil que advierte: 1) que se desconoce la transitoriedad de la propia voluntad; 2) que se ignora la estructura emocional que condiciona las posturas personales; 3) que se sabe poco de la incipiente precariedad incontrolable que se deriva de todo ello.





Se necesita ser orgulloso o ignorante (o ambas) para suponerse el creador único de la modalidad de la propia vida. No intento minimizar el pequeño margen de elección auténtica que nos corresponde, sino solo aseverar que aun ese leve resquicio surge de los filtros aprendidos desde los cuales interpretamos lo que nos rodea, lo que vivimos y aquello que se nos dice; debe quedar claro que no todo es una elección y que incluso en los momentos en que ejercemos una decisión estamos sometidos al influjo invisible, casi siempre imperceptible, de una serie de factores que conforman el puente desde el cual contactamos lo que se conoce como realidad.

Otra distorsión, derivada de un inadecuado ejercicio de autoestima, es la suposición de que el mundo gira en torno nuestro. Amado Nervo solía recomendar a los orgullosos que amen a la soledad, pues, según decía, terminarán solos. Se requieren demasiados elementos patológicos para estar dispuesto voluntariamente a convivir toda la vida con alguien que se considera protagonista de lo que lo rodea, que es controlador de aquellos con los que convive y que se asume delimitador de las fuerzas gravitacionales del universo. Es notorio que el señalamiento de tales distorsiones vuelve enemigo, desde esta óptica trastornada, a quien posea la osadía de contrarrestar al protagonista.

4. La ceguera del continuo progreso

Una de las distorsiones evasivas más comunes es la de considerar que siempre se está en un estado ascendente en todos los



Amado Nervo

órdenes de la vida. Esto es propio de las personas que no sólo se exigen más, sino que consideran que, efectivamente, están siempre consiguiendo más y que su vida es una línea recta hacia la constante superación. Si establecieran una especie de gráfica en la cual se pudiese observar su desarrollo personal, ésta tendría una gran línea diagonal del punto inferior izquierdo hasta el punto superior derecho, en constante elevación, sin el menor tropiezo. Es sencí-

llo notar que una visión de este tipo no es una compensación consciente, ni tampoco una especie de consuelo, sino que la persona realmente así lo cree. Cuando este obvio obstáculo a la vivencia del vacío está aconteciendo, la persona afirma de sí algo similar a lo siguiente: “siempre soy consciente de lo que soy y puedo serlo más”. Para individuos que viven así, sustentados en tal creencia, les es muy complejo, inaudito y casi impensable considerar la posibilidad contraria; es comprensible que les resulte difícil aceptar que su vida tiene altibajos, que no necesariamente son mejores que antes, que probablemente están equivocados en algún aspecto o que es probable que algo no haya sido tomado en cuenta en su concienzudo análisis de sí mismos.

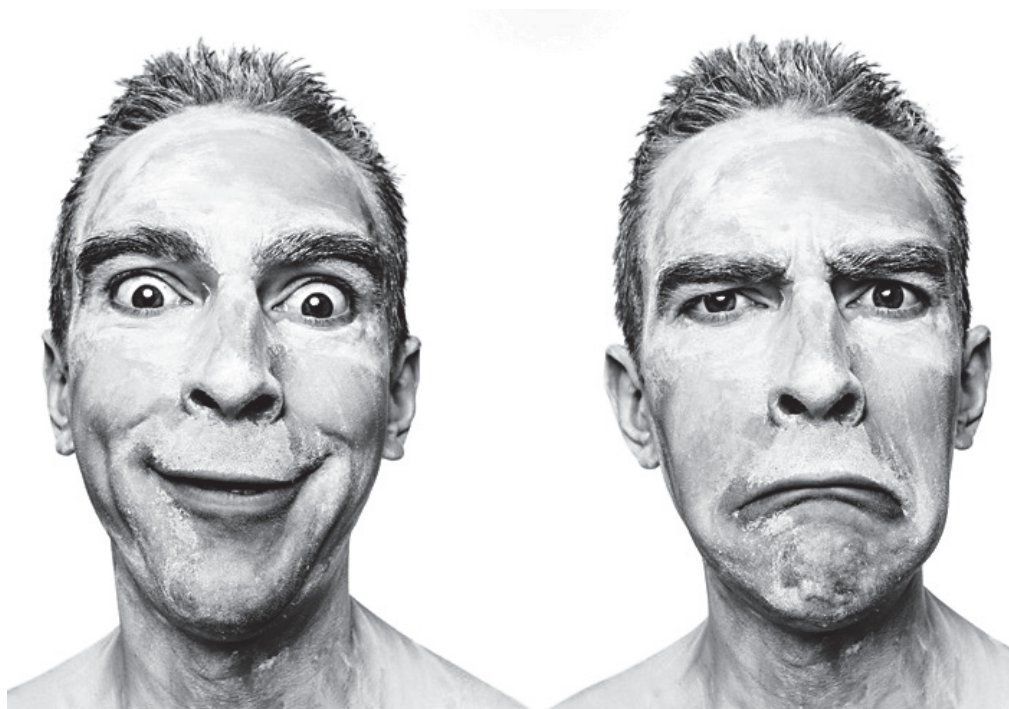
Arturo Graf, poeta italiano, pensaba que la vida enseña poco a quien no aprende a soportar el dolor. Por el contrario, con un optimismo desmesurado, en el cual todo es color de rosa, la persona se observa en constante brillo y afirma que el proceso de su vida siempre ha sido ascendente; todo lo cual es contrario a la vivencia de los propios límites. Winston Churchill consideraba que un optimista ve una oportunidad en toda calamidad y que un pesimista ve una calamidad en toda oportunidad; sin embargo, también puede haber puntos de vista distintos, tales como el de François Truffaut, actor francés, quien consideró que un pesimista es un optimista con experiencia. Más allá de confrontar estas posiciones dicotómicas, parece ser honesto asumir que en las circunstancias comunes del transcurso de nuestra existencia las oportunidades y las calamidades están sosteni-

das por un enfoque que deviene en actitud; del mismo modo, cuando nos encontramos con la misma percepción de manera constante, favoreciendo siempre a una u otra postura, se tiene que advertir que existe un filtro condicionado que distorsiona las interpretaciones sobre lo que acontece.

Es notoria la afirmación que muchas personas anteponen a cualquier calamidad cuando refieren que “todo va a estar bien”, sin tener elementos para conjeturarlo. Cuando aseguran que todo va a estar bien, están aceptando que, al menos en el momento en que lo dicen, no todo está bien. Por el contrario, si se nos afirma que todo está bien (en tiempo presente), la ceguera es mayor. Afirmar que algo está bien implica admitir que puede no estarlo, del mismo modo que asegurar que algo estará bien

supone la alternativa de que no lo estará. De tal modo, no se trata de observar calamidades pesimistas u oportunidades optimistas, sino de integrar en todas las oportunidades una calamidad posible (o varias), así como visualizar una oportunidad incluso en las calamidades más vertiginosas y desagradables. Visto así, el optimismo y el pesimismo encuentran una medida que logra evitar la tergiversación.

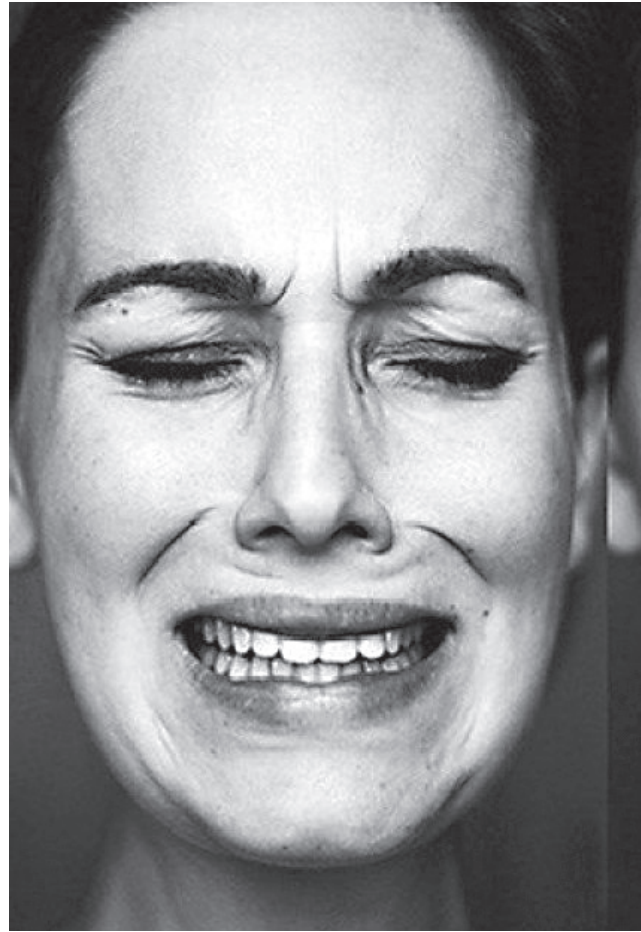
Comprender el vacío que está implícito en lo que nos acontece significa evitar la distorsión evasiva y tranquilizadora desde la cual se supone que no hay nada por hacer, así como eliminar la pasividad quietista derivada de afirmar que todo está bien. Incluso en los casos en que algo se considera que no está bien y que es necesario actuar para modificarlo, se requiere ser prudentes



para evitar la suposición de que se tienen todas las fuerzas para cambiar los acontecimientos o que somos protagonistas, amos y señores de lo que vendrá a futuro.

Cuando alguna conducta se intenta mantener siempre en forma ascendente terminará por destruirse. Por ejemplo, si la línea de nuestra ansiedad aumenta constantemente, terminaremos por dañar nuestra estructura psicológica; del mismo modo, si el calor en la temperatura ambiental siempre fuese ascendente terminaríamos por perder la conciencia. El sueño, tras llegar al punto más profundo, tiende a disminuir su intensidad hasta que podemos despertar; las experiencias sensoriales placenteras tienen sus ascensos y necesarios descensos; algo similar acontece con el ímpetu mostrado por los deportistas: es difícil que mantengan el mismo nivel de esfuerzo durante todo el juego. La inspiración, en los sucesos creativos, tiene fugaces caídas y subidas.

Sexto Empírico pensaba que la apreciación consiste en estar equivocado a partir de las apariencias. Según él, “es verosí-



Sexto Empírico

mil que lo que subyace a las sensaciones externamente sea considerado de diferente manera según la diferente constitución de los seres vivos que sufren las apariencias” (2009, p. 69). Visto de tal manera, si todo está en movimiento constante, si existen ritmos y cadencias para la mayoría de las cosas, aun en aquellas de cuyo ritmo no nos hemos percatado, ¿qué podría explicar la afirmación de estar siempre en superación si no la distorsión en la apreciación de quien lo dice? Tal distorsión, evasiva de la



experiencia de vacuidad, es un obstáculo para una nueva significación del propio papel en la vida, del sentido de los roles asumidos, de las expectativas insatisfechas, de la dirección de los esfuerzos, de la idea de lo que es ser un humano y de lo que suponemos que somos mientras vivimos.

5. La fijación de centrarse en el otro

La última de las evasiones a la que se hará alusión es la de focalizar la atención, los

esfuerzos, el interés y las energías en otro u otros seres humanos. Sin restar mérito a la laudable actitud de mostrar intenciones colaborativas en los procesos personales de los demás, es necesario realizar una honesta revisión sobre las motivaciones más íntimas que están a la raíz de tal interés. Si bien puede comprenderse la idea de que “como cuerpo, cada hombre es uno; como alma, jamás” (Hesse, 2005, p. 70), en lo que refiere al uso del tiempo y las actividades concretas, no actuamos únicamente como almas.



Cuando se hacen ciertas cosas por otros, suponiendo que son nuestro centro de interés, en realidad existe un beneficio personal, una cualificación de las propias capacidades colaborativas, un rol motivador que se mantiene o desarrolla y, en suma de todo, una intención centrada en uno mismo. Por ello, afirmar que estamos únicamente vertidos hacia otros cuando les hacemos un servicio es una distorsión que, en este caso, evade la conciencia de la línea protagónica que está a la sombra de las conductas altruistas.

Algunos profesionales del área de la psicología, la salud, la educación o el trabajo social suelen afirmar que eligieron tal modalidad para ayudar a otros y que es ésa su motivación unitaria. Puede comprenderse que esto sea dicho por alguien que está en etapa formativa, pero se esperaría que la profundización elocuente en las propias motivaciones los conduzca hacia una conciencia del propio beneficio implícito en su labor “desinteresada” hacia el otro. El aparente interés de centrarse en el otro en algunos ambientes religiosos es uno de los maquillajes del vanidoso deseo de ser santo. Similar condición aplica cuando el deseo no es la santidad, sino la alta calificación moral, el aprecio social, la satisfacción personal, la honorabilidad del propio apellido, la investidura, la apariencia o la evasión de sí.

Solemos centrarnos en los propios intereses cuando decimos que nos centramos en los otros. Lo anterior no disminuye el beneficio que los demás reciben con nuestra atención o con la oportunidad de ser escuchados; tampoco supone una mala

intención, hipocresía o falsedad de parte del que ayuda, sólo significa que este último tiene motivos que, al igual que en todos los humanos, surgen de su necesidad.

Es probable que de verdad se desea beneficiar a los demás, pero eso es distinto a creer que sólo eso nos motiva. No observe detrimento, inferioridad o bajeza en el reconocimiento de que la auténtica colaboración con otros está impregnada del deseo personal por el propio bienestar, ya sea espiritual, moral, social o de cualquier índole. En ese sentido, no encuentro problema en que en toda disposición de ayuda exista un motivo derivado del propio interés (el cual tiene que ver también con el propio vacío); el riesgo consiste en negar el beneficio obtenido en pro de elevar la imagen de nuestra persona en el imaginario social. Tal como podrá distinguirse, existe una distorsión entre lo que deseamos y lo que pretendemos mostrar a otros cuando afirmamos que el único centro de nuestro interés ha sido su beneficio.

El reconocimiento del propio vacío convierte en fecunda la ayuda brindada, pues ya no se realizará con la intención de ser santos, buenos o justos, sino de obtener el beneficio de la satisfacción derivada de centrarnos en nosotros al ocuparnos de los otros. Encontrar en la ayuda otorgada a otro el beneficio personal va mucho más allá de convencerse de que la colaboración se ha brindado sólo para el provecho ajeno. La supuesta virtud de realizar actos que benefician al otro es inferior a la que se deriva de encontrar al otro como un yo diluido en la otredad. De tal modo, el otro es alguien que podría ser cada uno. Yo mismo



soy otro para el otro que veo; cuando logremos comprender que la otredad nos unifica en cuanto que no podemos dejar de ser otro para el otro, paradójicamente, dejaremos de serlo. Y en eso, somos todos uno, al menos en el sentido de ser la otredad.

Es oportuno eludir la evasión de confortarnos en el olvido de nosotros mismos cuando depositamos la atención en otro. Si la intención de centrarse en alguien es derivada del deseo de evitar el propio dolor, o volverse inmune a él, nos convendría recordar que el dolor puede ser el inicio de la curación. Sin duda, el displacer genera reflexividad.

Hasta este punto se ha referido la distorsión evasiva de centrarse en el otro

para producirle un beneficio, olvidándonos de nosotros mismos. Sin embargo, hay también una modalidad de focalización externa que, si bien permite desatender las propias cuentas pendientes internas, se focaliza en causar daño a otro. Aunque centrarse en alguien externo para promover su beneficio o su daño surge del mismo anhelo de desatenderse a uno mismo, las consecuencias sociales de una y otra intención son muy distintas. Si el hombre se ha vuelto el lobo del hombre, tal como pensaba Hobbes, es porque una parte de él desea dejar de verse y busca la destrucción ajena.

Jerzy Lec afirmaba que todos desean nuestro bien, por eso no debemos dejar que nos lo quiten. El divertido juego de pa-



labras implícito apunta a la desconfianza, ganada o no, que se advierte en las relaciones interpersonales. Centrarse en el otro para sustraer algo que deseamos, para dañarlo y lograr la distracción de lo que nos acontece o, incluso, para convertirlo en centro de ataques verbales y críticas infructíferas, advierte una conducta evasiva del propio centro.

Conclusión

Realizar una adecuada vivencia de la inconsistencia y la propia vacuidad coadyvará a la propia confrontación de las evasiones. En suma, esto permitirá los siguientes beneficios: 1) se podrán ubicar y experimentar las propias carencias en función de admitir la imposibilidad de un desarrollo auténtico que esté cimentado únicamente en las propias fuerzas; 2) tras el despojo de la actitud antropocéntrica, se logrará reconocer el protagonismo limita-

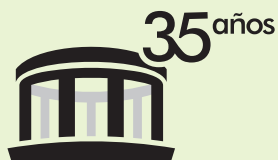
do que nos corresponde y se delimitarán las condiciones que apuntan a la realización personal sin centrarnos en una visión ficticia que defienda progresos ascendentes en nuestro camino de vida; 3) anidados en el esfuerzo de estar en sintonía con el mundo, con apertura hacia lo que acontece en él, se podrán generar encuentros auténticos con los otros, sin adueñarnos de ellos para hacer valer la propia vida ni fijar en su existencia el culmen e intención de la propia; 4) a través de ello podrá comprenderse que cada individuo termina siendo la respuesta que espera de sí en la medida en que advierta el valor de sus propios silencios y de su invaluable despertar; 5) luego de afrontar con valentía los constructos aprendidos sobre lo que es el desarrollo, la superación y la mejora, se estará en condiciones de resignificarlos.

Así, lejos de las distorsiones evasivas que difieren nuestro encuentro con el vacío, podremos de forma natural, tal como advierte el proverbio árabe, inclinar nuestro pie a donde se inclina el corazón.

Referencias

- Csikszentmihalyi, Mihaly (2013). *Fluir*. Barcelona: Kairós.
- Hesse, Hermann (2005). *El lobo estepario*. México: Grupo Editorial Tomo.
- Schopenhauer, Arthur (2011). *El arte de insultar*. Madrid: Alianza.
- Sexto Empírico (2009). *¿Por qué ser escéptico?* Madrid: Tecnos.
- Volpi, Franco (2005). *El nihilismo*. Buenos Aires: Biblos.





UNIVERSIDAD ANTROPOLÓGICA
DE GUADALAJARA

La Universidad Humanista